

El mito como expresión del desentendimiento cultural en *El país de la canela* de William Ospina*

The Myth as an Expression of Cultural Misunderstanding in *El país de la canela* by William Ospina

Gloria Elizabeth Riera Rodríguez
Universidad de Salamanca, España

Recibido: 15 de septiembre de 2012. Aprobado: 22 de octubre de 2012

Resumen: este artículo revisa la simbología y la funcionalidad del tema del mito de El Dorado y el país de la canela en la novela histórica *El país de la canela* (2009) de William Ospina. Tiene como tesis que esta creencia mítica es una alegoría del desentendimiento cultural provocado por el enfrentamiento de dos mundos disímiles (el europeo y el indígena) y que esta incompreensión sustentó la conquista y colonización en sus inicios. La tesis se desarrolla desde dos aspectos: oposición oralidad/escritura y en la pugna ley/desacato. Concluye corroborando los vínculos políticos de la novela histórica: otear el pasado para iluminar el maltrecho presente.

Palabras claves: Ospina, William; *El país de la canela*; El Dorado; novela histórica; novela colombiana; mito en la literatura.

Abstract: This essay explores the symbolism and the functionality of the El Dorado myth and of “el país de la canela” in the historical novel *El país de la canela* (2009) by William Ospina. The thesis argues that the mythical belief is an allegory of cultural misunderstanding caused by the clash of two different worlds (European and Indigenous). This misunderstanding maintained the beginning of the conquest and colonization. The thesis is developed using two elements: the opposition between oral tradition and writing and between law and defiance. It concludes by corroborating the political ties with the historical novel: a look on the past to illuminate the battered present.

Keywords: Ospina, William; *El país de la canela*; El Dorado; historical novel; Colombian novel; myth in literature.

* Este artículo forma parte de una investigación mayor, auspiciada por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador (noviembre 2011-junio 2012), que revisa el tema de El Dorado en la novela histórica andina.

La literatura siempre apunta al futuro incluso cuando viene del pasado.

ASTVALDURAS ASTVALDSSON

“Nos dieron la diversidad del mundo”, me dijo,
“pero nosotros solo queremos el oro”.
Tú encontraste un tesoro, una selva infinita,
y sentiste infinita decepción,
porque querías que esa selva de miles de apariencias
tuviera una sola apariencia, que todo en ella no fuera
más que leñosos troncos de canela [...].

WILLIAM OSPINA

La novela de William Ospina *El país de la canela* (2008), confeccionada con un historicismo hipertextual —que emula una tendencia que desde hace rato sirve como lienzo para la producción latinoamericana— narra la historia de un mestizo que a temprana edad se inmiscuye en una de las más atractivas empresas nacidas en el Nuevo Mundo para buscar del país del oro y la canela, la aventura comandada por Francisco de Orellana y Gonzalo Pizarro en 1540. La literatura del colombiano, otra vez, no escapa del poder de seducción de estos episodios históricos y emprende un carpenteriano “viaje a la semilla”, acertada imagen de Mercedes López (2011), a fin de reescribir estos discursos fundacionales, en un obsesivo retorno que, indudablemente, tiene tras sí la pulsión contemplativa del futuro.

La asunción dogmática de la existencia de un país del oro y la canela, convertida en mito por actos sucesivos tan históricos como legendarios, instauró un credo que ha sido revitalizado por sus fieles literatos, quizá atraídos por el encanto de sus rituales. En esta legión, Ospina se encarama por la particular perspectiva con que recoge el episodio. *El país de la canela* recuerda que el objetivo no era América, sino las especies. En efecto, el olor de la canela había penetrado en los discursos, imantado el mapa de la ruta y así había conseguido aflojar las faltriqueras reales. Pero lo que apareció en la ruta de los conquistadores europeos no fueron los troncos leñosos, sino la “diversidad del mundo”. Fue un principio contradictorio, un inicio que se asentó en la paradoja de tener lo que no se buscaba y de buscar lo que no se hallaba. América se erigió así en el reino de las esperanzas y de las amarguras.

Con tal premisa, nuestro análisis pasa a concentrarse en la funcionalidad de este mito fundante que entenderemos como una alegoría del desentendimiento cultural que se produjo cuando se enfrentaron dos mundos de naturaleza tan disímil. De hecho, el diálogo que se suscita entre un documento europeo —eso es una crónica, principal sostén de este relato— y la lectura y (re)interpretación subsecuente que hacen de ella los americanos, casi quinientos años después, está asentado en la posibilidad, y solo en la posibilidad, de traducir los diferentes códigos con los que casi siempre hemos enfrentado este encuentro.

La historia y el mito: el país del oro y la canela

Sin el mito, la historia no tiene explicación posible,
quizá porque la hicieron hombres que creían en imposibles.

MANUEL LUCENA

El mito del país del oro (El Dorado) y la canela supone la creencia de un lugar que posee suficientes oro y canela como para satisfacer la ambición del conquistador. La creencia alimentó (y todavía lo sigue haciendo) una serie de jornadas que tenían como fin el encuentro de tan anhelado lugar. La idea del país de la canela nace en la actual ciudad de Quito. En realidad, esta creencia no era un mito, pues la canela existía realmente, sino que las informaciones sobre la ubicación y sobre la cantidad y calidad de la canela hicieron que se confundiera con el país dorado. Canela y dorado llegaron a imbricarse en la mente del conquistador como una única realidad.

De acuerdo con los documentos, Sebastián de Benalcázar, fundador de la ciudad, recibe noticias de la existencia de un territorio con árboles de canela, una especie muy codiciada en la época, lo que despertó su codicia. El cronista Fernández de Oviedo, que tuvo la posibilidad de hablar personalmente con Benalcázar, aclara que estas noticias aseguraban que dicho país se hallaba hacia el río Marañón (nombre anterior del Amazonas), esto era al oriente de Quito, en territorio de la jurisdicción de Popayán.

Paralelamente circulaban noticias de un reino Dorado. Esta novedad —lo apuntan algunas crónicas— emergió gracias a la información que proporcionó un indígena que había sido capturado por los españoles en el mismo Quito. Este indígena, al que se conoció como Muequetá, les había referido que era natural de una provincia llamada Cundinamarca, sujeta a un poderoso cacique que tenía la costumbre diaria de recubrirse el cuerpo con polvo

de oro a modo de vestido. Según el indio, en tal lugar existía una laguna “donde el cacique entraba algunas veces al año en unas balsas bien hechas al medio de ellas, yendo en cueros, pero todo el cuerpo lleno, desde la cabeza a los pies y manos” (Lucena, 1985: 6). Incluso en algunas fuentes se señala el nombre de la laguna: Guatavita (3.100 m). Ciertas referencias históricas parecen corroborar la existencia del ritual que lleva a cabo el cacique. Se trataría de una ceremonia de purificación que realizaban los mwiskas de lengua chibcha; para ellos las lagunas eran lugares sagrados y el agua era un elemento de purificación.¹

Benalcázar fue uno de los primeros que se deja seducir por estas ideas y llega a creer en ellas, sin llegar realmente a diferenciar lo uno de lo otro. Lo demuestra la carta que escribió al Rey el 20 de septiembre de 1542: “He acordado con mi propia persona, aunque pobre y gastado, y más empeñado, hacer esta jornada que se llama del Dorado y la Canela, de tanto años tengo noticia” (Lucena, 1985: 16). Las empresas de Benalcázar fracasan por una serie de causas, así que la búsqueda se encomienda a Gonzalo Pizarro:

Pues cómo el marqués don Françisco Piçarro supo que Benalcáçar se avia partido de Quito sin su licençia, envió allá al capitán Gonçalo Piçarro, su hermano, y en señoreóse de aquella cibdad de Sanct Françisco é de parte de aquella provincia, é desde allí determinó de yr á buscar la canela é á un grand príncipe, que llaman el Dorado (de la riqueza del qual hay mucha fama en aquellas partes) (Fernández de Oviedo, 1855: 383).

La crónica de Cieza de León corrobora la información de Oviedo, Pizarro “codició descubrir el valle del Dorado, que era la misma noticia que habían llevado el capitán Pedro de Añasco y Belalcázar, y lo que dicen de la Canela” (Cieza de León, 1985:179). El enlace país de la canela y el mítico Dorado fue clave en la expedición de Pizarro y Francisco de Orellana. Para Manuel Lucena, el sincretismo parte de un silogismo simple cuyas premisas (El Dorado y canela) concluían necesariamente en riqueza.

1 Las investigaciones de Demetrio Ramos (1988: 281-321), sin embargo, advierten la imposibilidad histórica de que hayan ocurrido algunos de los hechos que se narran en el origen del mito de El Dorado. Tras la lectura de cuantiosos documentos de la época, Ramos cree poco probable que haya existido un contacto con un indígena capturado en tales condiciones y menos que haya podido tener tal nombre. Desvirtúa también la posibilidad de que Benalcázar haya sido el primero en saber sobre El Dorado y atribuye el error a que el cronista Castellanos, que fue quien lo afirmó, estaba empeñado en resaltar la imagen del conquistador. Tampoco cree que se trate de una laguna específica porque, históricamente, el ritual estaba relacionado con muchas lagunas.

Ahora bien, los mitos propiamente comienzan a forjarse cuando los españoles deciden salir en búsqueda de esos tesoros y comprueban que la canela hallada es poca y de mala calidad y que no pueden encontrar el reino de El Dorado. Así, se fue diluyendo la idea de canela, pero no la del oro. Los españoles, convencidos de su existencia, comienzan a desplazar el lugar de búsqueda asumiendo que habían interpretado erróneamente el emplazamiento del lugar. Por increíble que parezca, todavía se levantan exploraciones en la búsqueda del mítico reino.²

Por lo visto, la fe en el mito engendró verdaderas hazañas. Las exploraciones no eran simples, considerando la espesura del paisaje al que se arriesgaban. Para entender cómo una creencia como esta provoca lo que provoca, es preciso examinar el peso gravitacional del mito y la manera en que leeremos su funcionalidad en el plano novelesco.

Si bien es muy difícil entregar una definición única de mito, capaz de abarcar todos los tipos y funciones que posee en todas las sociedades, en estas líneas asumiremos, siguiendo a Cencillo (1970: 56), que un mito es un producto impersonal, cuya formalización obedece a una dinámica específica del sentir colectivo o del inconsciente transindividual, sometido a elaboraciones sucesivas según los influjos estilísticos, teológicos, filosóficos o sectarios que recibe, tal y como ha venido ocurriendo con la idea doradista. Para el mismo autor, el mito actúa como una fuerza que impulsa las vivencias colectivas o personales porque entrega un sentido a la vida y a las acciones de quienes creen en él. A esa fuerza la llama “fondo de creencia”. Lévi-Strauss (1987) concibe el mito como una realidad estructurada que se puede descomponer en *mitemas*, esto es, en unidades menores cuya forma de combinación nos ayuda a entender el significado que este tiene en un contexto específico. Estamos hablando, entonces, de que el mito posee un contenido, cuenta con una estructura y, por lo mismo, posee valores intrínsecos asociados al poder simbólico que engendra.

2 Para las primeras expediciones que seguían las referencias de Muequetá, el país de El Dorado se encontraba al norte de Quito, en los terrenos colombianos; para las posteriores, el sitio se trasladó a la región de los llanos de Venezuela, en el Reino de las omaguas u omeguas, comunidad indígena que poblaba la zona de la Guayana venezolana en la que se realizaron la mayoría de las expediciones iniciales. Otras búsquedas, incluidas las que ocurren en el presente se han centrado en Paitití o Paitití, al este de los Andes en alguna parte de la selva tropical del sureste del Perú, norte de Bolivia y suroeste de Brasil. La fuerza del mito fue tan intensa que incluso se extendió hasta la región de La Plata, al sur, donde se hablaba de una ciudad dorada llamada Trapalanda.

En efecto, esta es la extracción del mito del oro y la canela. En la época en que emerge, ambos eran elementos de suma valía para el europeo, por lo que hallarlos suponía no solo encontrar riquezas, sino también conquistar poder, de ahí que “no era raro que fuera arrastrando tras de sí un fuerte componente mítico, que reforzaba su imagen a la vez que multiplicaba su deseo de alcanzarlo, allí donde se supusiese que existía” (Piqueras, 1997: 19). En consecuencia, el mito de El Dorado y la canela, funcionalmente hablando, permitió canalizar la ilusión de los conquistadores, se convirtió en ese “fondo de creencia” y actuó como un motor que alentó la penetración del europeo por los laberínticos caminos de la cordillera y de la selva amazónica. La creencia se convirtió en un eje fundante de las neonaciones porque toda inserción territorial supuso la posesión del espacio. Esta inevitable relación con la conquista y la colonización también le permite al mito reflejar las tensiones que supusieron tales travesías.

Entre los muchos aspectos de esas tensiones, a nuestra lectura le interesa revisar el desentendimiento generado por el encuentro de dos lógicas contrastantes. La primera manifestación de este desequilibrio comunicativo está dibujada en el propio mito: El Dorado y la canela es lo que el español anhela y es lo que el español interpreta de la información que recibe, pero no es necesariamente lo que el indígena desea comunicar. Entender este quiebre comunicativo es sustancial porque pone de manifiesto no solo una sucesión de expediciones hambrientas del metal y de las especies, sino cómo en la posesión de las colonias, la relación del nativo con el europeo se gestó a través de un diálogo inconcluso, al punto que parecía “imposible la convergencia [...] de dos edades tan distintas, de dos universos mentales tan incompatibles” (Ospina: 1998: 77).

En esencia, el mito constituye una variante de la historia que, adjuntada a la visión narrativa, entiende la conquista desde el fracaso, pero que busca el antídoto en el sentido contemporáneo que esta nueva lectura de los sucesos pueda generar, aunque esta sea metafórica. La espesura del mito, su funcionalidad histórica y, sobre todo, su valor alegórico serán los elementos que sirvan como sostén para esta revisión de la obra.

Entre la historia y la ficción: crónicas y literatura

La historia de la conquista de América es la historia de sus mitos.

ENRIQUE DE GANDÍA

Argumentalmente, *El país de la canela* tiene como base la travesía que fue organizada por Gonzalo Pizarro y secundada por Francisco de Orellana para buscar del país del oro y la canela, historia que en la obra es narrada por uno de los expedicionarios. Según el archivo oficial al cual se atiene mayormente el autor, Pizarro decidió llevar a cabo el trayecto luego de haber recibido noticias del país de la canela. Advertido de la dificultad, se proveyó para su viaje de doscientos cuarenta españoles (cien oficiales iban a caballo), cuatro mil indios, dos mil llamas, dos mil cerdos y dos mil perros de presa. Al cabo de un año de viaje por una cruenta selva, con miles de muertos por las dificultades del viaje, casi sin recursos, y ante la ausencia del tesoro afamado, Gonzalo Pizarro y Orellana decidieron construir un bergantín que serviría para transportar a los heridos y los pocos suministros.

Perdidos como estaban, habían llegado a la conclusión de que solo navegando el río podrían ir a alguna parte. Luego de un largo trecho, cuando se encontraron faltos de provisiones, con muchos más enfermos, se acordó que Orellana se adelantara en el viaje para conseguir alimento y ayuda. Lo acompañaron unos cincuenta hombres. Orellana encontró ayuda en los indios de la selva, pero fue incapaz de remontar el río para regresar, así que siguió navegando en un trayecto en el que debió soportar enfermedades y ataques de indígenas durante cerca de siete meses hasta cuando llegó a la desembocadura del río el 26 de agosto de 1542. En su trayecto será notable el testimonio que dieron los exploradores de haber avistado, en medio de la selva, a las mujeres amazonas, de quien tomaría el nombre el gran río por el que circularon y del cual Orellana fue considerado su “descubridor”. Por su lado, Pizarro, cansado de la espera, vuelve a Quito por una ruta más hacia el norte, con solo 80 hombres. La narración termina refiriendo los preparativos de uno los personajes de la obra (el narrador) para una siguiente exploración que también partiría en búsqueda de El Dorado, la que fue encabezada por Pedro de Ursúa en 1560, pero que terminó por protagonizar Lope de Aguirre.³

La novela, lo reiteramos, tiene la característica de estar muy apegada al relato de las crónicas,⁴ incluso cuando recoge anécdotas menores que

3 *Ursúa* es justamente el nombre del primer libro que escribió Ospina sobre el tema de la búsqueda de El Dorado en 2004.

4 Históricamente, Cieza de León, Fernández de Oviedo, Castellanos y fray Gaspar de Carvajal son conocidos como los primeros cronistas de este viaje de Orellana, con la aclaración de que ni Oviedo ni Castellanos fueron testigos directos de las exploraciones. Si lo fue fray Gaspar de Carvajal, el capellán que acompañó a Orellana en el viaje; su crónica se llama *Relación del nuevo descubrimiento del famoso río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán*

se registran sobre la experiencia de los conquistadores durante el viaje. La ambición de veracidad se complementa con la similitud onomástica y toponímica y con la enunciación de las fechas, guiños inequívocos de su carácter histórico. Ospina señaló que ese apego casi mimético a la historia tenía una razón simple: la realidad eran tan cautivadora que no requería más invención (Presencia Cultural, 2008)⁵; era por sí misma ya una novela. Esta característica de su obra lo separa de narraciones latinoamericanas del mismo corte particularizadas por las digresiones episódicas, por los abultados elementos ficcionales con los que se reescribe la historia, por los saltos de tiempo y los anacronismos que las estructuran. Su especificidad textual se halla en la perspectiva que asume para relatar los hechos y en una narración plasmada de una carga emotiva, de un enorme poder de vivificación y de disquisiciones capaces de exponer la tensión, la crisis y la ambigüedad resultantes del contexto histórico relatado. Pero si el texto narrativo está tan cerca de la historia, si el episodio contado repite un hecho consabido, ¿cómo entender su relectura?, ¿se puede hallar un axioma teleológico que lo justifique?

Las respuestas se hallan en la perspectiva particular con la que se interpretan y emplean las crónicas de partida. Para comenzar, hay que rescatar que la novela visibiliza la construcción de la crónica que Fernández de Oviedo, convertido en personaje (uno de los principales cronistas históricos del episodio como ya advertimos), va tejiendo a través del diálogo que sostiene con el narrador. En la obra se asume que gran parte de la información de la que dispuso dicho cronista provino del testimonio de protagonista. Apreciamos así una doble figuración de los hechos: la que emprende el escribano durante el viaje y la que levanta Fernández de Oviedo que “escucha” las relaciones de la historia. Incluso habría una tercera: la que ejecuta el propio novelista. Estamos, pues, frente a un complejo proceso de reconstrucción de la historia, frente a diferentes maneras de recoger la memoria. ¿Qué implica esta construcción?

En primera instancia, el paso de habla al texto escrito exhibe los matices semánticos que se adosan en la construcción del texto. Si tomamos en cuenta

Francisco. Carvajal y Oviedo son personajes de la novela, este último de enorme injerencia en el relato.

5 Presencia Cultural, “Entrevista a William Ospina”, videos de actualidad cultural del Perú. Más adelante, en la misma entrevista, señaló: “Trato de que todo lo que cuento sean hechos reales, lo único que me permito es llenarlos de detalles, de circunstancias para hacerlos vívidos, para que puedan ser hospedados por la imaginación del autor”.

la premisa de Derrida, quien comprende que la escritura no puede ser validada como el medio de duplicación accidental del habla, como un disfraz de lo dicho, como un suplemento de la oralidad —como tradicionalmente se había sostenido—, la escritura se erige como un símbolo que “se excede y borra a sí misma en su propia producción” (1986: 5). Lo escrito, continúa Derrida, *desborda* los límites del signo lingüístico conjeturado como un ente bifurcado en dos ámbitos. No puede concebirse un signo dividido entre un significante que tiene como condición un significado establecido antes del habla porque implicaría un logos absoluto que estaría asociado a la palabra. El efecto inmediato es la determinación de que el mensaje subyacente en el texto posee posibilidades semánticas que *desbordan* el signo.

En consecuencia, el texto escrito no se presenta solamente como la traducción de voces, sino como una realidad más compleja. Los eventos pasan a ser leídos y asumidos externamente por los lectores e internamente por el cronista y escribano y solo en esa dialéctica va configurando sus sentidos. Es a lo que Derrida se refiere cuando señala que la escritura nos remite a una “conmoción” más profunda de las palabras, más allá de ser el “suplemento” del habla.

En este diálogo historia/ficción que desarrolla la novela también hay que subrayar el trabajo del novelista que no busca simplemente referir lo mismo “de otra manera”. Una novela histórica procura siempre ser algo más que la reproducción del documento histórico. Y lo consigue no solo cuando selecciona los hechos o los personajes que retrotrae (lo cual es ya su visión de los hechos), sino también por el sentido histórico con que encadena los eventos (lo que implica una teoría de la historia) y, lo que es más importante, cuando plasma la significación que estos eventos tienen en la memoria colectiva y en su propia interpretación (Anderson, 1978: 469). La recreación de los textos nunca es inocente. Tanto la visión del historiador como la del novelista están condicionadas en todo momento por su ubicación espacio-temporal, y “como el tiempo y el espacio están cambiando continuamente, ninguna historia, en el sentido subjetivo del término, podrá ser nunca un relato permanente que narre, de una vez para siempre, todo de una manera tal que sea aceptable por todos los lectores de todas las épocas” (Martos, 1996: 568). Lo que parece ser un apego casi mimético a la realidad, bien visto, se traduciría en un apego a las subjetividades que reinterpretan los eventos. Los sesgos específicos nos informan del proceso dialéctico espacio-temporal que reelabora el sentir de los episodios bajo el marco de las subjetividades imperantes

(Todorov, 1998: 28).

Como narración y como historia, la novela está impresa de un código que deja traslucir un momento pretérito, pero bajo esquemas creados en y para el presente. En el fondo, lo dice Trazegnies, “el novelista está representando siempre el presente —su presente— porque el pasado que describe es un pasado conocido a través de los ojos del presente” (1996: 40). *El país de la canela* abre nuevos caminos para ahondar en nuestra cultura, en nuestra identidad, cargando el pasado antagónico que no logramos superar, pero que estamos deseosos de clarificar.

El mito y la novela

La novela histórica es por naturaleza social y política ya que el historiador efectúa un trabajo discriminatorio de acuerdo con su posición política en la medida que determina qué sucesos extraer del pasado y desde qué posición darlos a conocer.

HAYDEN WHITE

La perspectiva particular del texto mencionado traduce los pliegues que visten esta interpretación del pasado y que condicionan la construcción novelística. Una particularidad de estas marcas es su diferenciación con las novelas sostenidas en similar hipertexto, la aventura se nos presenta desde la visión de un personaje secundario de la exploración y no desde la figura de los conquistadores líderes. Fanjul (1996: 68) cree que esto es una ventaja para el escritor que se deshace de personajes trillados y, por tanto, menos atractivos, con menor margen de maniobra para la invención. Así, se crea un espacio más dilatado para inventar o complementar asuntos no resueltos del pasado. Quien narra, además de no ser el líder, es un mestizo que rememora su vivencia en la madurez de su vida y, por lo mismo, con la suficiente distancia como para juzgar los hechos. Su carácter mestizo le permite tener una mirada más ecléctica de los hechos: revitaliza el mundo indígena sin llegar a la demonización de todo lo español.

Otra de las particularidades de la obra reside en el rescate de un aspecto sustancial de la conquista: “nos repetía [Pizarro] que fue buscando canela, y no oro, como llegó Colón al Nuevo Mundo” (Ospina, 2009: 67). Con ello, la canela retoma su papel, el haber sido el impulso inicial, el primer dorado del conquistador y el primer indicio de lo que habría de ser una serie de contradicciones y paradojas bajo las cuales se sustentó la toma de América.

Es momento ya para dejar claro que si bien la novela enfatiza la búsqueda de la canela, la creencia está solapada con la idea de El Dorado en

todo momento, de ahí que refiramos el peso del mito en el relato, de forma similar a cómo convergieron en el pasado. Podríamos confirmarlo remarcando que la jornada no se detuvo cuando se encuentra la canela (poca y de mala calidad),⁶ y que la novela culmina justamente con la organización de una nueva empresa que irá en búsqueda del reino mítico. El Dorado es, entonces, el principio y el fin, un marco cíclico que no termina de resolverse. Simbólicamente, canela y Dorado se convierten en alegorías del impulso de un sueño: la expedición más que la búsqueda del tesoro era, “la prueba de la credibilidad que organizó “un ritual corroído por la codicia, espoleado por la impaciencia” (Ospina, 2009: 85). La exploración se convierte en el “símbolo de todas lo que legiones de hombres crueles y dementes han buscado sin fin a lo largo de todas las edades [...] Hay tantas cosas que la humanidad nunca habría hecho si no la arrastrara un fantasma, hechos reales que solo se alcanzaron persiguiendo la irrealidad” (2009: 307-308).

Esta búsqueda de lo irreal es el primer indicio de desentendimiento cultural. Mientras el indígena ofrecía a sus captores una reseña casi antropológica de su pueblo, los españoles leían en ella la invención de un mundo dorado, de un país de canela. “Parece más bien que las informaciones de los indios fueron buenas, y lo que ocurrió es que los europeos no las entendieron o no supieron ajustar la realidad al mito que perseguían” (Lucena, 1985: 18). En contraparte, el indígena no tenía la misma concepción sobre la canela o el oro, que para él no estaban emparentados con riqueza. Este diálogo imposible, cuyo inicio sitúa Ángel Rama en la plaza de Cajamarca, cuando Atahualpa se encuentra frente al libro, ve las consecuencias en los actos que genera el afán de búsqueda.

Pero el significado del mito no se identifica solo a partir de las anécdotas que lo narran, las acciones a las que conduce la exploración son también esenciales. Solo a través de la estructuración y orden de los elementos que intervienen en la construcción de la totalidad del episodio se puede trascender la anécdota y entender su simbolismo. Por eso, el desentendimiento y la funcionalidad que presenta el argumento del mito se complementa con el simbolismo encarnado en los distintos vértices que componen el tema. Grosso modo, y por la naturaleza de este trabajo, revisaremos cómo los códigos con los que se inicia este contacto —representados en la contraposición

6 Pizarro “solo halló entre la selva árboles espaciados de una canela nativa, de sabor semejante, pero que no justificaba la búsqueda porque no podía aprovecharse para negocio alguno” (Ospina, 2009: 111).

escritura/oralidad y en la tensión entre ley y el desacato, que actúan como mitemas derivados— se convierten en los elementos que testifican la disociación de los mensajes.

La imposibilidad del diálogo: escritura/oralidad, lengua española/lengua(s) indígena(s)

Si la construcción del texto como artefacto testimonial se había producido desde el paso de la oralidad a la escritura —y la novela hace eco de esa presunción—, la construcción discursiva ficcional solo puede darse desde la escritura, lo que implica llevar al extremo el *desbordamiento* derridiano. La escritura pasa a ser “todo” el lenguaje y en ella descansa la memoria del pasado. Lo que hace la novela es discutir y denunciar esa escritura por los sesgos con los cuales había sido construida.

En principio, la propia oralidad es cuestionada cuando se evidencia que el mito había emergido del diálogo frustrado. Cuando los indios decían ‘oro’ o ‘canela’, los españoles escuchaban ‘minas’ y ‘bosques de canela’ y, tras eso, ‘gloria’ y ‘poder’. La confusión no era más que el germen. Según proseguía el contacto, conforme avanzaban las exploraciones, la comunicación seguía trunca porque en la práctica implicaba colocar en el mismo plano dos códigos diferentes: la tradición oral frente a la escrita, la lengua del europeo frente a la del indio, en un enfrentamiento que terminó por consolidar el poder de la letra como elemento funcional del poder.

Un ejemplo notable de esta babel es el que fabrica Orellana. Era conocido entre sus hombres por su habilidad con las lenguas y, curiosamente, llega a ser tan políglota que es capaz de sostener conversaciones con cuanto jefe indio se encuentra en su viaje: “También con ellos se entendió el capitán aunque su lengua era distinta” (Ospina, 2009: 172); y más adelante: “Y en pocas palabras te diré lo que nos dijo el indio aquella noche, o por lo menos lo que el capitán Orellana nos tradujo de todo lo que el indio iba contándole” (2009: 204). Obviamente era un diálogo a medias, pero Orellana daba a entender lo contrario. Su papel es alegórico: es la imposición de una voz que dice lo que quiere y escucha lo que desea. Estas “conversaciones” de Orellana recuerdan los diálogos que, con el mismo talante, sostenía Colón; Todo-rov (1998) hace hincapié en esta virtud del almirante y expresa su sorpresa cuando Colón afirma regularmente que entiende lo que los indios dicen.

A la par, se va imponiendo el texto escrito en las comunidades a las que arriban durante el viaje, un hecho significativo porque está difundiendo el

instrumento de la ley que avala la ocupación del espacio y la disposición de los nuevos territorios. Esto ocurre cuando el español toma posesión de las tierras que va encontrando durante su viaje. La novela lo relata de este modo:

Orellana nombró como escribano a Francisco de Isásaga, quien dejó registrada la toma *ilusoria* de aquel reino en nombre de Carlos Imperator [...] Digo *ilusoria* porque tomar posesión de un reino de la selva una tropa extenuada y hambrienta que solo podría estar unos días y que nada sabía de ese mundo, era apenas una ficción notarial (Ospina, 2009: 156, énfasis añadido).

En esta posesión se encubre la ignorancia del indígena que atestigua un acto que no comprende, pero eso no parece importar al conquistador que impone su ley escrita como la única posible.

Por otro lado, frente a la tradición oral del indio, manera en que se inicia el mito, está el empeño español por usar la letra. En el viaje, la presencia de un escribano y del cronista es cardinal porque son quienes perpetuarán los hechos que se atestiguan y las conquistas que se ejecutan. Por eso, los escribanos reciben una consideración especial del grupo y serán continuamente aludidos en los relatos. Ese registro se torna imprescindible y es una tarea que no se abandona, pese a urgencias tan vitales como la búsqueda de comida o la construcción de los barcos. La letra escrita anota las resoluciones que se toman y sirve a la vez como el soporte legal de todo cuanto se ejecuta, permitiendo su validación. De esta manera, por primera vez estos territorios pasaban a ser traducidos a la escritura; con ello se marcaba un distanciamiento con la tradición oral con la que el indio había configurado su mundo y, por esa misma razón, un distanciamiento con el indígena. A la vez, la letra escrita se convertía en un símbolo de jerarquía porque servía, en palabras de Rama (1984: 41), para remedar la majestad del poder; Pupo-Walker lo llama “la incorporación de la historia desde la escritura” (1978: 19).

Los pequeños atisbos de diálogo que se refieren, cuando los españoles encuentran comunidades indias en su viaje, en realidad se efectúan con una máscara. El español no aspira a escucharlos; pretende del indio comida, acogida o información para su supervivencia. Ese diálogo infructuoso deviene en sospecha; el indio aparece como encubridor de una verdad: “[Pizarro] Fisgoneaba sus conversaciones, vivía siempre al acecho, sintiendo que las cosas más importantes los indios no las decían con franqueza, que había que arrancarles sus verdades [...] habría querido tener tenazas para arrancarles con las lenguas los secretos que guardaba” (Ospina, 2009: 83). Cuando el indio deja de servir como informante, apenas provoca curiosidad. La actitud

contrasta con la del indígena que en la mayoría de las ocasiones acoge a los llegados como huéspedes de honor.

En este proceso inicial de apropiación del nuevo mundo, fracasa una comunicación caracterizada por el encuentro de dos visiones contrastantes y desarrollada en un contexto *subalternizador*. No podía ser de otro modo cuando se intenta traducir lo que no se comprende y solo se comprende a medias algo que se siente inferior. El fracaso se agravó porque el visitante no pretendió escuchar, sino imponer su lógica. La palabra escrita viviría en América como la única valedera en oposición a la palabra hablada, que pertenecía al reino de lo precario e inferior (Rama, 1984: 9), al mundo de lo impreciso, de lo desordenado.

Esta *vocación de poder* del sector letrado es una característica de la conquista que se consolida en la colonia: el letrado es el que va armando la historia que refuerza la visión de una clase. Todorov adiciona que esta mirada no es más que una proyección del mundo del conquistador en el mundo otro y la califica como una experiencia de alteridad “egocéntrica” (1998: 23) en la que el español descubre América, pero no a los americanos.

Entre la ley y el desacato: la incomprensión de la norma

En la construcción de la ley, nuevamente la escritura aparece desbordada. La significación con la que se erige un texto no puede trasladarse cual propiedad intrínseca del signo, incluso cuando se trata de la transmisión de un logos, el hecho legal, que se presupone más absoluto. En efecto, en el mundo narrado, existe una fuerza que con frecuencia parece oponerse a la meta de alcanzar El Dorado: la ley, norma engañosa que intenta regular la conquista. Entonces comienza un diálogo aturdido en el que el conquistador conoce la norma, pero no la ejecuta. La conquista de El Dorado parece no ser posible si se regula bajo los cánones occidentales.

Desde la llegada de Colón, la corona española buscó ejercer un control de todo cuanto se producía en las Indias. Para ello extendió un sistema legal que reguló los múltiples aspectos que se derivaban de la colonización de las nuevas tierras. Cualquier iniciativa de descubrimiento quedaba en ciernes hasta la existencia de una relación completa sometida al dictamen y a la aprobación del Consejo. Una parte esencial de esa normativa tenía que ver con las leyes que se impusieron para salvaguardar al indígena. Tengamos presente que ya en 1512 se promulgaron las Leyes de Burgos que trataban sobre la libertad y las condiciones de trabajo de los indios. El quiebre ocurre

cuando este aparato legal no puede cumplirse. Es fácil imaginar lo complejo que debió ser para los juristas reales elaborar leyes para gobernar un territorio completamente diferente, poblado de gente también distinta, a quienes era muy difícil aplicarles las leyes civiles y religiosas. Era mucho más difícil con autoridades tan lejanas y con ambiciones tan cercanas.

En la novela, la infracción de la ley es constante. Incluso el propio Orellana llega a transgredirla cuando decide emprender el viaje río arriba y no volver por Pizarro. Pero no solo ocurre con la norma civil, sino también con los preceptos morales de convivencia. Ospina apunta las contradicciones que el narrador atisba, dada su condición de mestizo, y denuncia la violación del derecho a la vida que sufrieron los indígenas. El episodio de la matanza de los indios para usarlos como alimento de los perros es uno de los momentos más dramáticos de la novela. La ley moral, la que valida al ser humano, injustamente no avanza para cobijar al indio y poco o nada pueden hacer los exploradores si el líder que los arroja desobedece las políticas que la corona había instaurado para esa protección. La paradoja entre la ley (moral) y la aplicación de esa ley es, sin duda, el eco de la novela, con el énfasis absoluto de que “la desesperada defensa de la vida no pertenece al imperio de los tribunales sino a la libertad del corazón humano, y en el corazón solo gobiernan leyes divinas” (Ospina, 2009: 297). La ley estaba demasiado lejos para regular esos impulsos. El narrador habría de comprobar más tarde que un asunto de cardinal valor como ese era de poca importancia para la corona: “Comprobé que las potestades europeas no tienen tiempo para los conflictos de las Indias, y ni siquiera para inquietarse por sus crímenes” (2009: 286). La ley deja de ser un mandato imperativo (incluso moral) por lo que se explica la anarquía que se vivió en muchos momentos de la conquista.

Beatriz Pastor (1988) considera que el discurso doradista tradujo esta pugna desde el sentido de la rebeldía. El ambiente explosivo, creado por la acumulación de expectativas y fracasos, terminó en un cuestionamiento profundo de toda la realidad económica, social y política de la conquista. No hubo un proyecto ideológico tras ese descontento, sino solo diferentes formas de exponer un punto de vista contrario al hegemónico. Fue un proceso de redefinición de objetivos, que se iban distanciando progresivamente de las metas establecidas por el orden imperial.

Fernando Aínsa llega a una conclusión similar. Para él, en el continente latinoamericano subyace, desde entonces, una condición dual, es la distancia que existe entre la teoría y la práctica, el aspecto programático y los resul-

tados, el *ser* y la realidad y el *deber ser* ideal cuyos sucesivos “impulsos” utópicos, muchas veces en forma convulsiva, marcan su proceso histórico (1998: 18-20). La narración deja entrever que la instalación de un sistema de organización social y político se torna tan utópica como la conquista de El Dorado. Los conflictos representados exhiben, como bien señala Pastor (1988), lógicas más reales que operaron en tales momentos al mismo tiempo que desenmascaran la compleja realidad que envolvió los procesos iniciales de la conquista.

En síntesis, la discusión que planteó Derrida sobre la escritura como “suplemento” y lo oral como garantía de la comunicación y de la verdad se responde en la novela desde los dilemas de la oralidad y desde la escritura, que termina por rebasarse a sí misma para convertirse ella misma en el “lenguaje”. Ante esto, son elocuentes las palabras del narrador cuando porta la crónica de Oviedo: “No solo traigo la memoria, sino el texto”. Lo escrito se transforma en un instrumento de poder que sirve para ejecutar y difundir la ley, para signar la colonización y, sobre todo, para fijar la memoria histórica. Paralelamente, los significados de los signos legales se desajustan en el nuevo espacio y se restablecen de acuerdo con las nuevas dinámicas. Las fracturas de la comunicación encuentran su mejor representación en estos conflictos lingüísticos.

Conclusiones

El mito de El Dorado y el país de la canela alegoriza la imposibilidad de comunicación que supuso el encuentro entre el español y el indígena en los comienzos de la venida del europeo, momento en el cual se concentra la narración. El encuentro requiere un diálogo, ya que cuando dos consciencias se encuentran por primera vez, inmediatamente surge la necesidad del reconocimiento. La complejidad de factores que giraban alrededor de esta interacción fue tan fuerte, que basta recordar que la conquista representó uno de los más grandes procesos de transformación histórica y de cambio de formas de relación entre las personas que haya experimentado la humanidad. Por eso, al final, la diferencia cultural y el carácter impositivo de la conquista se responsabilizan del mensaje trunco. El mito narrado testimonia esta fractura comunicativa porque alegoriza por sí mismo y en sus diferentes elementos (la ley y la letra) un viaje hacia un mundo desconocido, el mundo del otro, que no termina por concretarse. El Dorado se situó siempre fuera del alcance del conquistador, siempre fue ese lugar posible al que no se termina de

llegar. Es este carácter simbólico el que posiciona a la idea doradista como una de las fuentes más fructíferas de las que puede echar mano un fabulador.

A la luz de todo lo visto, es pertinente terminar interrogándonos sobre el valor y la proyección de esta relación del mito con la novela histórica o, lo que es lo mismo, de la historia con la fabulación. El acercamiento nos revela la postura abiertamente política del subgénero histórico. Peter Elmore incluso habla de que esta articulación (realidad/ficción) proviene del empeño en proponer, desde la literatura, modelos utópicos para el futuro “basados en posibilidades perdidas del pasado” (1996: 100). Este parece ser, en efecto, el pulso que recupera la memoria a través de la literatura. La preocupación del escritor está ligada inevitablemente con las preocupaciones sociales y políticas contemporáneas.

El trasfondo de esta obra, como novela histórica que es, está tamizado por una toma de conciencia acerca de la influencia del pasado en el presente y se extiende para “pensar” el futuro. Al usar las crónicas y documentos históricos de estos momentos “fundantes”, el escritor está llevado por el deseo de volver a esa historia, pero desde la visión americana. No se trata de una evasión hacia acontecimientos intemporales que aligere con su prestigio el presente, sino de una vuelta condicionada por la persistencia de la estructura cultural, social y política que todavía no permite un verdadero diálogo intercultural. El mensaje es evidente: el presente ha heredado esa incompreensión original.

El Dorado y la canela es la consciencia de una empresa fallida, de un plan frustrado. Si bien fue un conflicto que vivió el español, en la medida en que su resolución tocó al ser indígena y se instauró en un escenario propiamente americano, adquiere múltiples connotaciones para los ciudadanos del presente. Al entender que gran parte de ese fracaso se debió al desconocimiento y a la incapacidad para leer la nueva realidad que se había puesto a los pies del conquistador, se pone la llaga en las incompreensiones que todavía permanecen. Heredamos la dificultad para ver al otro, incluso para entendernos desde nuestra mismidad, para asumirnos desde nuestras diferencias y semejanzas frente a los otros; ese ha sido el gran conflicto del ser latinoamericano. La novela actúa como el catalizador que nos enfrenta a los problemas del reconocimiento cuya resolución adquiere un valor nodal en el utópico futuro.

La serie de legionarios que aún avanzan por las selvas buscando El Dorado todavía se confronta con la angustia de la inexistencia, pero incluso con tal evidencia, El Dorado conserva sus fieles. En esto, los escritores han teni-

do mejores resultados. Al capturar el “alma” de un episodio están arribando a él. Solo la literatura es capaz de llevarnos al país del oro y la canela para vislumbrar sus riquezas. Ese es el tesoro que se lleva el lector, el nuevo fiel, cuando cierra la última página de esta novela y se reconoce iluminado por el poder de su espejismo.

Bibliografía

- Aínsa, Fernando. (1998). *Necesidad de la utopía*. Montevideo: Tupac ediciones y Nordam.
- Anderson Imbert, Enrique. (1978). “El telar de una novela histórica”. En: Mirta Yáñez (comp.). *La novela romántica latinoamericana*. La Habana: Casa de las Américas, 469-485.
- Cencillo, Luis. (1970). *Mito, semántica y realidad*. Madrid: B.A.C.
- Cieza de León, Pedro. ([1553]1985). *Obras completas*. Tomo II. Madrid: CSIC.
- Derrida, Jaques. (1986). *De la gramaticología*. 4.^a ed. México: Siglo XXI.
- Elmore, Peter. (1996). “La novela histórica en Hispanoamérica: filiación y genealogía”. En: Moises Lemlij (ed.). *Historia, memoria y ficción*. Lima: Seminario interdisciplinario de Estudios Andinos, 87-106.
- Fanjul, Serafín (1996). “¿Es la novela histórica un fósil literario?” En: Moises Lemlij (ed.). *Historia, memoria y ficción*. Lima: Seminario interdisciplinario de Estudios Andinos, 50-74.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. ([1535]1855). *Historia general y natural de las Indias*. Tercera Parte. Tomo IV. Madrid: Real Academia de la Historia.
- Lévi-Strauss, Claude. (1987). *Antropología estructural: mito, sociedad, humanidades*. México: Siglo XXI.
- López, Mercedes. (2011). “Viaje a la semilla: la rescritura contemporánea de las letras coloniales”. En Magdalena Chocano, William Rowe y Helena Usandizaga (eds.). *Huellas del mito prehispánico en la literatura latinoamericana*. Madrid: Iberoamérica-Vervuert. 23-40.
- Lucena, Manuel. (1985). *El mito de El Dorado*. Historia 16, Madrid: Temi.
- Martos, Marco. (1996). “Lope de Aguirre, el traidor”. En: Moises Lemlij (ed.). *Historia, memoria y ficción*. Lima: Seminario interdisciplinario de Estudios Andinos, 566-574.

- Ospina, William. (1998). *Las auroras de sangre. Juan de Castellanos y el descubrimiento poético de América*. Bogotá: Norma.
- . (2009). *El país de la canela*. Barcelona: La otra orilla.
- Pastor, Beatriz. (1988). *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Piqueras, Ricardo. (1997). *Entre el hambre y El Dorado*. Sevilla: Diputación de Sevilla.
- Presencia Cultural. (2008). “Entrevista a William Ospina”. *Videos de actualidad cultural del Perú*. Disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=vxIdjB8XWcU> [Consultado el 18 de mayo de 2012]
- Pupo-Walker, Enrique. (1978). “Sobre el discurso narrativo y sus referentes en los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso”. En: Raquel Chang-Rodríguez (ed.). *Prosa Hispanoamericana virreinal*. Barcelona: Borrás, 21-41.
- Rama, Ángel. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Ramos, Demetrio (1988). *El mito de El Dorado*. Madrid: Istmo.
- Todorov, Tzvetan. (1998). *La conquista de América. El problema del otro*. 9.^a ed. México-Madrid: Siglo XXI.
- Trazegnies, Fernando de. (1996). “La verdad ficta”. En: Moises Lemlij (ed.). *Historia, memoria y ficción*. Lima: Seminario interdisciplinario de Estudios Andinos, 37-49.